



PREGÓN

Semana Santa 2005
Medina de Rioseco

PREGÓN DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
2005

Braulio Rodríguez Plaza

© Junta Local de Semana Santa
© del texto, su autor
Portada: La Piedad (detalle)
Rodrigo de León, siglo XV

Imprime: Gráf. Andrés Martín, S. L.
Paraíso, 8. Valladolid

Depósito Legal: VA. 191.-2005

PROCLAMA

En el Nomen del Padre que fizo el Cielo y la Tierra. Y en el del Hijo que nació de Santa María la Gloriosa y del Espíritu para sufrir Pasión y Muerte, resucitando glorioso... Invocando a María, señora de Castilviejo, al Santo Juan Bautista y a San Yago Peregrino, fago el servicio de proclamar por Rúas u Plazuelas de esta Noble Medina de Rioseco que:

Por los honorables regidores del Concejo, Señores de Justicia, Clérigos y Homes Buenos presididos por la VARA MAYOR de la Semana Santa y todos los hermanos de las Cofradías Penitenciales han acordado ayuntados por la Fe, la Esperanza y la Caridad, que hoy, Sábado de Dolores 19 de marzo, San José, se haga la Proclama Pública y Pregonera en el templo de Santo Domingo, a las 20,30 horas y ante la imagen penitencial de Nuestra Señora la Virgen de la Piedad, para que, ante todos ellos y el pueblo fiel, se enaltezcan los valores redentores de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Sepades que esta Proclama Pregonera la dirá el Excmo. y Rvdmo. Señor Don BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA, Arzobispo de Valladolid.

Lo fago por mandato del Señor Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa, Don ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE.

Dado en la Cuaresma del quinto año del siglo XXI, bajo el reinado de JUAN CARLOS I: EL REY.

Item más, damos públicas gracias a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y pedimos oraciones para que Su Santidad JUAN PABLO II, Vicario de Cristo en la Tierra, siga pastoreando, con singular tino, la Iglesia Católica Universal.

Año de Gracia trigésimo del Reinado de JUAN CARLOS I.

PRESENTACIÓN

Con licencia del Rvdo. Señor Cura Párroco de Santa María de Mediavilla y Santiago de los Caballeros, don Gabriel Pellitero Fernández.

Muy ilustre señor Alcalde de la Ciudad de los Almirantes de Castilla, Consejeros del Común. Excmas. e Ilmas. autoridades. Venerables Cofradías, Gremios, y Hermandades de Penitencia y Pasión. Mayordomos, mujeres y hombres aquí presentes. Amigos todos.

Comenzamos la andadura de una nueva Semana Santa, tan profundamente enraizada en esta, nuestra ciudad, sentida y vivida como expresión popular de todos los riosecanos, en la esperanza de nuestra salvación por la Muerte y Resurrección de Cristo.

El redoble de los tapetanes acompañando al Pardal en su recorrido por calles y plazuelas de esta vieja ciudad, convocan a concejo al pueblo llano, alterando el quehacer común y nos anuncia el comienzo de la Semana Mayor de Penitencia y Pasión, celebración sin parangón de nuestra ciudad.

Celebraciones en Hermandad, actos religiosos y procesiones, reunión con familiares y amigos distantes que se repiten cada año. Todo ello vivido y sentido con amor y respeto por la tradición de un pueblo de viejos castellanos que se manifiestan orgullosos de ello.

Medina de Rioseco se transforma en la ciudad santa de Jerusalén, escenario y testigo de la Pasión, y sus ciudadanos intentamos encontrar la luz de la verdad en la mirada, triste y clemente, del

Nazareno de Santiago o en el de Santa Cruz, en la mirada del Cristo de la Pasión o en el de la Paz. Buscamos conseguir y sentir la esperanza y el bien de nuestra Dolorosa, en el amargo dolor de sus cuchillos, y sus manos abiertas para acogernos.

Pretendemos ser ejemplos de caridad, samaritanos del dolor y, con la mirada puesta en la Virgen de la Piedad, sutilmente, con sublime amor, siguiendo su ejemplo, queremos acoger y arropar el cuerpo muerto de Cristo, aferrarnos a Él para proclamar, sin cobardía ni duda alguna, nuestro compromiso en la búsqueda del Cristo vivo.

Queridos hermanos y amigos, seamos cofrades en los desfiles procesionales, y preparémonos para enseñar a quienes nos acompañen en estos días la grandeza de esta querida Ciudad que, durante siglos, ha sido y es símbolo de fervor unitario en la idea de servidumbre a Dios, con tenaz lealtad al mandamiento de los orígenes, el de la salvación por el amor a Dios y a nuestros semejantes.

Junto a la torre de Santa María, nuestro norte y puerto donde llegar, los que aquí habitamos nos reencontraremos con tantos y tantos hijos de esta ciudad diseminados por toda la geografía hispana, a los que saludamos respetuosamente desde esta tribuna, y les expresamos nuestra cordial bienvenida.

Con las singulares notas musicales de «La Lágrima», himno oficial de la Junta de Cofradías, las Varas e Insignias de las distintas Hermandades, portadas por sus Mayordomos, se han acercado hasta este estrado para, en compañía de la Vara Mayor, ante la imagen de la Virgen de la Piedad, presidir este pregón.

Con el pregón, pieza magistral para ser escuchada con la atención y el sentimiento de lo que nos es próximo y querido, comenzamos los distintos actos de la Semana Santa riosecana.

El Excmo. y Rvdmo. Sr. Don Braulio Rodríguez Plaza, Arzobispo de Valladolid, ha mostrado la deferencia de aceptar el compromiso de ser el pregonero de nuestra Semana Santa, mostrándose cercano y

receptivo a la solicitud hecha en su día para que asumiese tal responsabilidad, por lo que le hacemos público agradecimiento, más aún si tenemos en cuenta sus múltiples compromisos en estos días en los que su actividad pastoral en la diócesis se ve incrementada, y su presencia es requerida en distintos actos de la cercana Semana Santa vallisoletana, tan rica en historia, patrimonio artístico y cultural, con sus procesiones penitenciales en las que sus cofrades dan testimonio de religiosidad desde el silencio penitente.

Una vez más, Monseñor, muchas gracias por estar entre nosotros.

Los hombres y mujeres de estos lares deseamos que vuestra palabra llegue a los corazones, fortalezca el espíritu y nos prepare para, desde la austeridad que nos distingue y caracteriza, podamos celebrar la Semana Santa con fe, dando cumplida escolta a los Cristos y Vírgenes representados en nuestros pasos, a quienes nos encomendamos y solicitamos su amparo y protección.

Riosecanos y amigos que nos acompañáis, Monseñor: ¡Que se haga el silencio para que podamos escuchar su magistral pregón.

ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE
Presidente de la Junta de Semana Santa



PREGÓN DE SEMANA SANTA MEDINA DE RIOSECO - 2005

Me toca este año pregonar. Un obispo o es un pregonero de la Buena Noticia o es muy poco, aunque fuere muy listo o tuviese mucho don de gentes. Un obispo sabe que se le puede y debe aplicar aquello del profeta: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del heraldo que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que pregonar la victoria, que dice a Sión: *Ya reina tu Dios!*» (Is. 52,7).

¿Qué os vengo a pregonar, qué buenas nuevas traigo? Os anuncio, hermanos cristianos, gentes de esta ciudad de los Almirantes, Vara Mayor, cofrades y demás fieles, autoridades que nos acompañáis, pequeños y mayores, que el Padre de los cielos nos ha concedido un año más celebrar el Triduo Pascual en ese marco de la Semana Santa. Ante nosotros aparece de nuevo la posibilidad de vivir las últimas horas de Jesucristo nuestro Salvador, y vivirlas no sólo porque las recordamos o las representamos, sino porque la conmemoramos, es decir, porque vuelven de algún modo a suceder, dándonos la posibilidad de participar de nuevo en el Misterio Pascual.

¡Ah, la Liturgia de la Semana Santa! ¡Qué capacidad de crear cultura tiene si la vivimos! ¡Ah, los desfiles procesionales! ¡Qué poder de convocatoria y de profundidad religiosa tienen, a poco que los vivamos con el espíritu que os dejaron en los siglos pasados vuestros mayores, en una cadena ininterrumpida! Esas imágenes del *Cristo del Amparo*, que se encuentra con su Madre, la *Virgen Dolorosa* en la tarde-noche del

miércoles santo; esos pasos de *Oración del Huerto*, *La Flagelación*, *Jesús atado a la Columna*, *Ecce Homo*, *Jesús Nazareno de Santiago o de Santa Cruz*, *La Verónica*, la imagen de la *Desnudez de Jesús*, o del *Santo Cristo de la Pasión y la Virgen Dolorosa*, alumbrados por los hermanos y hermanas de las diferentes cofradías, ¿no son un ejemplo de belleza que expresa el drama, que no tragedia, de la Pasión de Cristo?

¿Acaso no estáis orgullosos de la salida de «los pasos grandes», donde se unen la piedad y devoción con la técnica y la pericia de los hermanos que sacan esos pasos? *La Crucifixión*, *el Santo Cristo de los Afligidos*, *el Cristo de la Paz*, a los que se unen el *Descendimiento*, la *Piedad*, *el Santo Sepulcro*, a los que acompaña la imagen de la *Virgen en Soledad*, ¿no son imágenes queridas para vosotros, de manera que forman parte de vuestra experiencia cristiana?

Y ya en la alegría pascual en vuestra tradición, como en la de tantísimos pueblos y ciudades de España, expresáis el gozo de la Resurrección con esas bellas e ingenuas imágenes, llenas de sencillez, de *Jesús Niño Resucitado* y la *Virgen de la Alegría*, que se encuentran en la mañana del Domingo de Pascua, como un comenzar de nuevo la vida sin estrenar que nos concede Dios, nuestro Señor. Viene bien aquí recordar lo que escribe san Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios*: «... apareció a la Virgen María, lo qual, aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho; porque la Escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito: (*¿También vosotros estáys sin entendimiento?*) [299].

Pero, para que esa emoción estética y religiosa que suponen los desfiles procesionales sea verdadera y cristiana, el misterio de la Semana Santa ha de ser celebrado antes en la acción litúrgica del Triduo Pascual. Precisamente las procesiones con nuestras imágenes son la prolongación plástica de la celebración de la Eucaristía del Domingo de Ramos, del Jueves Santo, la Acción Litúrgica de la Muerte de Jesús el Viernes Santo y la Vigilia Pascual o la Misa del Domingo de Pascua. Así son bellos y verdaderos estos desfiles procesionales que el pueblo cristiano creó a lo largo de varios siglos, y en los que vosotros os sentís con orgullo protagonistas.

Pero mi pregón o mi anuncio de la Semana Santa deben también invitaros al silencio para escuchar durante su celebración, ya que no es posible comunicación *alguna* sin escucha. Sólo así podemos hablar con nuestro Dios. Este ejercicio de escucha es muy bueno también en Semana Santa, para que ésta no corra el peligro de ser una fiesta más en el calendario de la ciudad. Hemos de escuchar lo que pasa en la celebración litúrgica, para poder ver lo que pasa por nuestras calles, esa explosión tan hermosa plasmada por nuestros artistas y por nuestra cultura religiosa popular, que nos llegan tan hondo.

Hay algo que también me gustaría subrayar en este Pregón que anuncia la Semana Santa: el valor religioso y humano de la *procesión*. Necesitamos paz y vivencia de unidad, de lo que nos une a los humanos y a los cristianos. Nuestro tiempo es curiosamente época de globalización y de disgregación. El simbolismo de caminar juntos en Semana Santa responde a la necesidad primaria de ese ir juntos con el que el grupo adquiere consistencia. Es además un signo válido para expresar vuestra historia como comunidad cristiana en Medina de Rioseco. ¿Cuánto tiempo lleváis orando en procesiones caminando juntos? ¿Qué ha hecho de vosotros una realidad común? No olvidéis que en castellano *el Común* es un nombre también para designar el Ayuntamiento (de ayuntar, unir), esa realidad de lazos comunes de los que viven en el mismo lugar, antes de designar la Corporación municipal.

Así que en las procesiones la oración y la unión resultan ayudadas y potenciadas por la unidad. Esas filas o reunión en torno a una talla o paso procesional que avanza lentamente, orando o cantando, nos están indicando que caminamos juntos no sólo para llegar, sino también para vivir el camino. Y además los sentimientos que podemos tener en esas procesiones (de penitencia o arrepentimiento, de súplica o petición, de acción de gracias) tienen también el simbolismo de hacernos ver a los hombres y mujeres, formando esta comunidad en camino, que estamos insertos en la vida que se desarrolla fuera del ambiente sagrado de los templos. Mezclados en el camino y unidos en el canto o la oración, los creyentes e incluso los alejados de la práctica religiosa se descubren hermanados y más implicados en los mismos problemas, en las mismas alegrías y penas.

Pero tengo que pregonar otra cosa. No se trata sólo de anunciaros lo que desde mañana va a suceder; no es que únicamente vayamos a hacer una serie de actos bellos y entrañables, que tan dentro nos llegan. Tengo que anunciaros el amor de Dios Padre, manifestado en Cristo, su Hijo y nuestro Señor. El amor que nace de las entrañas misericordiosas del Padre, que envía de nuevo a su Hijo para dar su vida por nosotros. Es un amor personal, hacia cada uno de nosotros, seamos lo que seamos, y que trasciende toda medida, porque es único, sin parangón.

Las páginas más sagradas de la vida y del misterio de Jesús son su muerte y resurrección. La Pasión de Cristo hace exclamar a un poeta: «Todas las veces que me acercado a este tema (la Pasión) he temblado. Me parece que hasta hoy nadie ha representado con la potencia y la amplitud necesaria esta íntima tragedia, la más cerrada y profunda que yo conozco» (Gabrielle D'Annunzio). Si este escritor tiembla al acercarse a la pasión de Cristo, ¿no deberá hacerlo también quien la lee, la medita y la representa en los desfiles procesionales, después de haberla celebrado en la liturgia de la Semana Santa? He dicho más de una vez que la muerte de Jesús no es una anécdota ocurrida en un rincón de la historia humana, ni tampoco un retazo de tradición popular con la que cumplimos. Es algo que taladra el mundo y el tiempo.

La muerte de Jesús ocurrió, pero ocurre, pues «*Cristo estará en agonía hasta el fin del mundo*» (B. Pascal), mientras haya dolor, injusticia, discriminación, hambre, guerra o desigualdades insostenibles entre los hombres. Esta hora en la que Cristo muere es la nuestra. El Viernes Santo es cosa también de hoy, pues ocurre siempre algo decisivo: Cristo muere y resucita por mí y los hombres y mujeres del orbe entero. Es imposible golpear hoy a un ser cualquiera sin golpearle a Él, imposible humillar a alguien sin humillarle, maldecir o asesinar a uno cualquiera sin maldecirle o matarle a Él. Tenemos, pues, que leer, celebrar y vivir esta historia de Cristo que es la nuestra. Es una historia viva, presente: Cristo muere y resucita hoy. Por eso cada Semana Santa es nueva y es única cada año; también sus procesiones.

Pero no se puede presentar a Jesús como si todo quedara en unos ideales o en unos valores atractivos de nuestra cultura cristiana. Cristo

es el que muere por mis pecados y resucita para mi justificación, esto es, mi salvación, la que da sentido a mi vida. Pero si Cristo muere y resucita, puede haber para mí un encuentro personal con Él, y sentir su amor en lo más profundo de mi ser. En Semana Santa, si se viven los acontecimientos de Cristo en la Liturgia y en los desfiles procesionales, éstos pueden ser un verdadero y efectivo encuentro con Cristo, sobre todo si me acerco al sacramento de la Penitencia, confesando mis pecados, y me siento a recibirle en su Mesa, pues Cristo está vivo, ha resucitado.

Cabría preguntarse sobre cuál es la razón de que la mayoría de los desfiles procesionales porten sobre todo imágenes de Cristo flagelado, coronado de espinas, con la cruz auestas, muerto en la cruz y llevado al sepulcro, o procesionemos a la Virgen dolorosa, en soledad sosteniendo con piedad a su Hijo muerto. ¿Por qué hay llanto de la Virgen y de los discípulos de su Hijo por Cristo muerto? ¿No culmina la Semana Santa con la alegría de la Resurrección en la Mañana de Pascua? Ciertamente y sería absurdo pensar en la crucifixión y muerte de Jesucristo sin tener en cuenta que la última palabra no la tiene la muerte, sino que ha triunfado el León de la tribu de Judá, como dice el libro del Apocalipsis.

Pero la razón de hacer procesión con esas bellas imágenes de Cristo en su Pasión yo creo que hay que buscarla en la atracción que la entrega de Jesús ejerce en la humanidad; su dolor es el dolor del Inocente, del que se entrega por sus hermanos, del que no piensa en sí mismo. Para el creyente, y tal vez para el que no lo es, el Crucificado es poder y sabiduría de Dios, porque en la Cruz aparece algo nuevo, que viene de Dios mismo y no de lo que esperan ordinariamente las mujeres y hombres de nuestro mundo: el amor de Dios, manifestado en Cristo, que comparte nuestro sufrimiento y muerte, y que convierte a sufrimiento y muerte en resurrección y vida. Y desgraciadamente todo este amor de Jesucristo está siempre en peligro de olvidarse, como a veces se olvida el amor de la madre o del padre, o el amor del que nos quiere sin pedir nada a cambio.

Ese amor desinteresado del Salvador me hace recordar una perla de nuestra literatura castellana, que tiene como autor alguien que

vivió entre nosotros: el Infante Don Juan Manuel (1282-1349), nieto de Fernando III y sobrino de Alfonso X. Se trata de uno de los cuentos o *exemplos* del *Libro de Patronio* o *El Conde Lucanor*. Pienso que merece la pena escuchar, en este contexto del Pregón de Semana Santa, *Lo que aconteció a un hombre con su hijo, que decía tener muchos amigos*.

Recuerda el texto de Don Juan Manuel las palabras de Jn. 3,16: «Así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que alcance la vida eterna». Suena así en adaptación al castellano moderno:

Hablaba otra vez el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le dijo de esta manera:

–Patronio, según me parece, tengo muchos amigos que me dan a entender que ni por miedo a perder la vida ni la hacienda dejarán de hacer algo que yo necesitare, y que por nada del mundo que pueda acontecer me dejarían desamparado. Por el buen entendimiento que tienes, te ruego me digas de qué manera podría yo saber si esos amigos míos harían por mí lo que dicen.

–Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, los buenos amigos son la mejor cosa del mundo. Pero habéis de saber que, cuando viene gran desgracia o gran necesidad, el hombre encuentra muchos menos de los que pensaba. Y asimismo sabed que, cuando la necesidad nos apremia, es difícil probar quién sería amigo verdadero cuando llegue el apuro. Pero para que podáis saber cuál es el amigo verdadero, bueno será que conozcáis lo que aconteció a un hombre con su hijo, que decía (éste) tener muchos amigos.

–*Viene ahora el exemplo*–

El conde preguntó qué era aquello, y Patronio dijo:

–Señor conde Lucanor, un hombre tenía un hijo y, entre otras cosas que le mandaba y aconsejaba, le decía siempre que procurase

tener muchos amigos y buenos. Y el hijo lo hizo así, y comenzó a tratar y compartir lo que tenía con muchos hombres, a fin de tenerlos como amigos. Y todos ellos decían que eran amigos suyos y que harían por él todo lo que necesitase, y que arriesgarían por él la vida y cuanto en el mundo fuese menester.

Un día, estando este joven con su padre, le preguntó éste si había hecho lo que le había mandado, y si había ganado algunos amigos. El hijo respondió que sí, que tenía muchos, y especialmente que entre todos los otros tenía hasta diez de los que estaba más cierto que nunca [de que], ni por miedo a la muerte ni por otro recelo, le faltarían, cualquiera que fuese la desgracia, desventura u ocasión que le sobreviniese. Al oír esto, el padre dijo que se maravillaba mucho de que en tan poco tiempo hubiera podido conseguir tantos y tales amigos, pues él, que era ya anciano, nunca en toda la vida pudo tener más de un amigo y medio. El hijo comenzó a porfiar diciendo que era verdad lo que decía de sus amigos.

Cuando el padre vio que el hijo porfiaba tanto, le dijo que los probase de esta manera: que matase un puerco y lo metiese en un saco, y fuese luego a casa de uno de aquellos amigos suyos y le dijese que en el saco llevaba un hombre que él había matado; y que estaba seguro de que, si el hecho se sabía, no había en el mundo medio para que él y los que lo sabían pudiesen escapar de la muerte; y le rogase que, pues era amigo suyo, le encubriese aquel delito y, si lo necesitase, se preparara a defenderlo.

El joven así lo hizo, y fue a probar a sus amigos y les contó el hecho, según le había mandado el padre. Y cuando llegó a casa de sus amigos y les contó el hecho peligroso que le había sucedido, todos le dijeron que en otra cosa le ayudarían con gusto, pero en aquello, porque podían perder la vida y la hacienda, no se atrevían a ayudarle que, por amor de Dios, procurase que nadie supiera que había estado en sus casas. Pero de estos amigos algunos le dijeron que no se atrevían a prestarle otra ayuda sino la de ir a rezar por él, y otros le dijeron que, cuando lo llevasen a la horca, no lo abandonarían hasta que hubiesen cumplido en él la justicia y le harían honra en el entierro.

Cuando el joven había probado a todos sus amigos sin obtener provecho ninguno, volvió a su padre y le contó lo sucedido. El padre, tras escucharle, le dijo que ahora podía ver bien que más saben los que mucho han pasado en esto, y visto y probado, que los que nunca pasaron por tales cosas. Y entonces le dijo que él sólo tenía un amigo y medio; que fuese a probarlos.

El joven fue a probar al que su padre tenía por medio amigo, y llegó a su casa de noche, llevando auestas el puerco muerto. Llamó a la puerta de aquel medio amigo de su padre y le contó la desgracia que le había ocurrido, y cómo ninguno de sus amigos le había ayudado; y le rogó, por el amor que tenía a su padre, que lo socorriese en aquel aprieto. Cuando el medio amigo de su padre oyó esto, le dijo que con él no tenía amor ni deuda de gratitud que le moviese a un riesgo tan grande; pero, por el amor que tenía a su padre, lo encubriría. Entonces se cargó el saco con el puerco, que él creía que era un hombre, lo llevó a un huerto suyo, lo enterró en un surco de coles y puso luego las coles en el surco igual que estaban antes. Y así despidió al joven deseándole suerte.

Cuando volvió a casa de su padre, el joven le contó lo que había hecho por él aquel medio amigo suyo; y el padre le mandó que otro día, cuando estuviesen en el consejo, sobre cualquier punto de que hablasen, comenzase a porfiar con aquel medio amigo suyo y en la porfía le diese una bofetada, la más fuerte que pudiese. El joven hizo lo que le mandó su padre; y cuando le dio la bofetada, el medio amigo del padre dijo:

—Verdaderamente, hijo, has hecho mal. Pero te digo que ni por esta ni otra injuria descubriré las cosas del huerto.

Cuando el joven contó esto a su padre, le mandó que fuese a probar al que era amigo suyo; y el joven lo hizo. Cuando llegó a casa del amigo de su padre y le contó todo lo que había sucedido, el hombre amigo de su padre dijo que él lo guardaría de muerte y daño.

Sucedió por casualidad que en aquel tiempo habían matado a un hombre en aquella ciudad, y no sabían quién lo había matado. Y como

muchos habían visto al joven con aquel saco auestas muchas veces por la noche, pensaron que era él quien lo había matado. Y, ¿para qué alargarme? El joven fue juzgado y condenado a muerte, y el amigo del padre hizo cuanto pudo para librarlo. Pero cuando vio que no había medio de librarlo de la muerte, dijo a los alcaldes que no quería cargar con el pecado de aquel joven, y que supiesen que aquel joven no había matado al hombre, sino que lo había matado su hijo, el único que tenía. Y lo comunicó a su hijo, y éste lo confesó. Y lo mataron; con lo cual escapó de la muerte el hijo del hombre que era amigo de su padre.

Y ahora, señor conde Lucanor, os he contado cómo se prueba a los amigos; y pienso que este ejemplo es bueno para que el hombre sepa en este mundo cuáles son sus amigos y cómo debe probarlos, antes que se ponga en peligro por su confianza, para saber a qué están dispuestos por él si fuese necesario. Porque debéis saber que algunos son buenos amigos, pero muchos no; y los más de los amigos lo son de la fortuna, y cuando ésta se va, también se van ellos.

Pero este ejemplo se puede entender también espiritualmente. Todos los hombres de este mundo piensan que tienen amigos, y cuando viene la muerte los sometemos a prueba. Van a los seculares, y les dicen que tienen bastante con sus trabajos; van a los religiosos, y les dicen que rogarán a Dios por ellos; van a la mujer y a los hijos, y les dicen que irán con ellos hasta la sepultura y les harán honras en el entierro; y así prueban a todos los que tenían por amigos.

Al no hallar en ellos ninguna ayuda para escapar de la muerte, como hizo el hijo que no halló ayuda en ninguno de los que tenía por amigo, se tornan a Dios, que es su padre; y Dios les dice que prueben a los santos, que son medio amigos. Y ellos lo hacen. Y tan grande es la bondad de los santos, y sobre todo de Santa María, que no deja de rogar por los pecadores y le muestra cómo fue su madre y cuánto trabajo tuvo en traerlo al mundo y criarlo; y los santos le muestran los padecimientos y las penas que sufrieron por él. Y todo esto lo hacen para encubrir los yerros de los pecadores. Y aunque hayan recibido muchas ofensas de ellos, no los descubren, como el medio amigo no descubrió la bofetada que le dio el hijo de su amigo.

Y cuando el pecador ve que con nada de esto puede escapar a la muerte del alma, se vuelve a Dios, como el hijo se volvió al padre después que no halló quién lo pudiese librar de la muerte. Y Dios nuestro Señor, como padre y amigo verdadero, movido por el amor que tiene al hombre, que es criatura suya, hizo como el buen amigo: envió a su Hijo, Jesucristo, para que muriese, no teniendo culpa alguna y estando limpio de pecado, y así deshiciese las culpas y los pecados de los hombres. Y Jesucristo, como buen hijo, obedeciendo a su Padre y siendo verdadero Dios y verdadero hombre, quiso recibir y recibió la muerte, y redimió a los pecadores con su sangre.

Y ahora, señor conde Lucanor, pensad cuáles de estos amigos son mejores y más verdaderos, y por cuáles debe el hombre hacer más para tenerlos como amigos.

Al conde agradaron mucho estas razones y las consideró buenas. Y entendiendo Don Juan que este *exemplo* era muy bueno, lo hizo escribir en este libro, y compuso unos versos que dicen así:

**Nunca el hombre podrá tan buen amigo hallar
Como Dios, que lo quiso por su sangre lavar.**

Veis, mis queridos amigos, que no se puede abordar la vida de Jesús a sangre fría, porque ahí se juega el destino del ser humano. Su entrega por nosotros es real, no es un juego. Para nada piensa en sí mismo; se preocupa de nosotros. Unos días antes de su pasión los evangelistas nos muestran la tristeza de Jesús por los habitantes Jerusalén, a los que ha querido reunir como la gallina reúne a sus polluelos. Jesús ha llorado por nosotros; sus lágrimas nos conmueven aún más al aproximarse el domingo de Ramos, donde asistimos a una especie de triunfo del Señor que a él no le lleva a engaño. Pocos días antes de su crucifixión, lleva sobre sí a toda la humanidad, a toda la historia, a todo el universo, a la luz de esta revelación formidable que hará de la muerte de Dios una afirmación de su omnipotencia.

¿Cómo puede llorar Dios?, dirán algunos. ¿Qué significa esto? ¿No repetimos tantas veces que Dios es omnipotente? Pues bien, no:

lo que Dios ha revelado al mundo es precisamente el fracaso de un Dios que se revela como amor, que no es otra cosa que amor. ¿Y qué puede hacer el amor? Sólo amar. Y cuando el amor no encuentra amor, cuando siempre choca con un rechazo obstinado, se queda impotente, y sólo puede ofrecer las propias heridas.

Si Dios no se hubiese comprometido con nuestro destino y nuestra historia hasta morir en la cruz, sería un Dios en el fondo incomprendible y escandaloso. Por suerte, Jesús nos ha librado de tal escándalo y ha abierto los ojos de nuestro corazón: él imprime en lo más hondo de nuestra alma ese rostro de Dios silencioso, de un Dios incapaz de obligarnos y que se entrega en nuestras manos, de un Dios que nos concede un crédito insensato que ningún banco nos otorgaría; de un Dios, finalmente, que no puede entrar en nuestra historia sin el consentimiento de nuestro amor. Venid, salgamos al encuentro de Cristo, que volverá mañana de Betania y, por su propia voluntad, entrará en Jerusalén y se apresura hacia su venerable y dichosa Pasión, para llevar a plenitud el misterio de la salvación de los hombres, plenitud que sólo Él puede darnos y nadie más. Aquí acaba mi pregón: que mis palabras os alienten y apresuren vuestros pasos a los misterios que nos dieron la vida. Gracias.

BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
Arzobispo de Valladolid

Edita:



Junta Local de Semana Santa

Colaboran:

